

Corpus Christi. Año B

Lectio divina sobre Mc 14,12-16.22-26

El relato de la celebración pascual de Jesús con sus discípulos, antes de su muerte, es la partida de nacimiento de la eucaristía cristiana: la iniciativa parte de Jesús y sus discípulos siguen sus instrucciones en la preparación. El detalle no es insignificante: en la mesa de Jesús no es comensal quien quiere, sino quien es invitado; pero la invitación no exime del esfuerzo por prepararla. Ya en la cena, la entrega del pan y del vino, resumen de lo sucedido, está interpretada como entrega de la propia vida como alianza nueva; el recuerdo se concentró en lo esencial: no fue la convivencia con Jesús sino su voluntad de morir por quienes compartían su mesa lo que se hizo objeto de memoria y motivo de agradecimiento perpetuo. Nuestras eucaristías, que nacieron de la entrega de Jesús por muchos, deberían ser preparadas y celebradas con la entrega de la propia vida: la memoria eucarística no es fiel, si no se repiten los gestos eucarísticos: tener a disposición a Cristo supone, y obliga a, ponerse a disposición de los cristianos, en cuerpo y alma. Sólo así se haremos creíbles nuestras celebraciones.

12El primer día de los Ázimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos:
«¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?»

13Él envió a dos discípulos, diciéndoles:

«Id a la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo ¹⁴y, en la casa en que entre, decidle al dueño: "El Maestro pregunta: ¿Dónde está la habitación en que voy a comer la Pascua con mis discípulos?" ¹⁵Os enseñará una sala grande en el piso de arriba, arreglada con divanes. Preparadnos allí la cena.»

16Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que les había dicho y prepararon la cena de Pascua.

22Mientras comían, Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, diciendo:
«Tomad, esto es mi cuerpo.»

23Cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio, y todos bebieron. **24**Y les dijo:

«Ésta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos. ²⁵Os aseguro que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el reino de Dios.»

26Después de cantar el salmo, salieron para el monte de los Olivos.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Tras haber presentado en el primer día de la estancia en Jerusalén (Mc 14,1-11) la postura de tres grupos humanos frente a Jesús (14,1-2.3-9.10-11), el evangelista abre una nueva jornada (Mc 14,12), en la que sitúa tres episodios que tienen a sus discípulos como destinatarios únicos y la cena pascual como ambiente y motivo (Mc 14,12-16: preparativos; Mc 14,17-21: anuncio de la traición; Mc 14,22-25: última comida). Jesús, quien se toma la responsabilidad de preparar la cena común, se presenta en ella como el justo a quien uno de sus amigos traicionará. Y sabiéndolo de antemano, anticipa su donación con un gesto y la palabra.

El texto que la liturgia nos ofrece omite la predicción de la traición; queda así centrado en la celebración de la cena. Aunque se da por supuesto el carácter pascual de la comida (Mc 14,12.16), ésta no se narra; ni siquiera se menciona el cordero, que es el elemento básico de la cena pascual. Sólo se recuerdan dos episodios que tienen que ver con la cena.

En el primero (Mc 14,12-16) la iniciativa parte de los discípulos; pero Jesús actúa como auténtico señor de los acontecimientos: conoce con antelación y precisión lo que va a suceder; más que adelantarlo, influye en su realización. La pasión de Jesús es cumplimiento de la voluntad de Dios; así se supera, teológicamente, el escándalo de la cruz. En sí mismo, el episodio presenta cierta tensión interna: a la pregunta de todos los discípulos dónde quiere preparar su comida pascual (Mc 14,12), responde Jesús mandando a dos de ellos con instrucciones para dar con el lugar preciso para comer la pascua con ellos (Mc 14,13-14), que serán identificado como los doce (Mc 14,17). Si a los discípulos les preocupaba la comida de Jesús, él les indicará cómo hacerse con un sitio para comer con ellos, la casa en donde se reunirá después la comunidad primitiva (Hch 1,13).

Llama la atención que Marcos haya contado con tanto detalle la preparación de la última cena; es una forma, indirecta pero eficaz, de subrayar importancia de esa comida común. Jesús camina a sabiendas hacia su muerte: entra en Jerusalén (Mc 11,1-4) y prepara su última cena (Mc 14,12-16) enfrentándose, soberano, a los acontecimientos; los domina tanto como para poder predecirlos. Su cruento final no fue un suceso accidental ni un fracaso personal. Los discípulos son conducidos por Jesús: piden instrucciones (Mc 14,12) y las cumplen (Mc 14,16), mientras la cruz y el dolor estén fuera de sus vidas. Él es quien quiere comer con sus discípulos y pasar con ellos la última tarde de su vida.

La crónica de la institución de la cena (Mc 14,22-26), el segundo episodio de nuestro texto, tiene una clara formulación: una breve introducción (Mc 14,22a) da paso al relato de la institución (Mc 14,22b-24), al que sigue una sentencia de tipo escatológico (Mc 14,25) y la conclusión (Mc 14,26). La institución de la cena se realiza como un gesto de Jesús (Mc 14,22b.23a), por él interpretado (Mc 14,22c.24-25). Es última de una serie de comidas con los discípulos y parábola de la que será la definitiva: la comunidad de vida, celebrada ahora en anticipo y ya prometida, tiene ante sí alguna prueba por superar (Mc 14,26-31).

Marcos debe a la tradición este breve relato, que ha retocado levemente, reduciendo la descripción de la última cena de Jesús al relato de su institución, colocado – muy significativamente – entre el anuncio de la traición (Mc 14,18-21) y el anuncio de la negación (Mc 14,27-31). Toda la crónica está concentrada en la acción de Jesús o, mejor aún, en el sentido que Jesús mismo da a su acción (Mc 14,22.24). Que Jesús interprete sus gestos cuadra bien con el escenario: la pascua judía era una comida interpretada; pero, a diferencia de ella, que relee el éxodo de Egipto, el relato de la institución anticipa el sentido del cuanto está aún por suceder, la pasión y muerte de Jesús, al identificar el pan y el vino del banquete con el cuerpo y la sangre de Jesús, que, añade, ha sido derramada por muchos. Cenar con – y a – Jesús sólo será posible de nuevo en el reino .

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Corpus Christi era, según antigua tradición, un día dedicado especialmente a la demostración pública de la fe. ¿Quién de nosotros no ha participado alguna vez en una procesión eucarística o no ha acompañado a un familiar en su primera comunión en un día como hoy? De forma sencilla, la Iglesia ha sabido unir la confesión de la presencia real de Cristo en la eucaristía con la celebración de la vida del pueblo o de la propia familia. Así, y con no poco acierto, ha señalado que es la vida misma del hombre creyente el mejor lugar y el motivo mejor para la adoración del misterio del Cuerpo de Cristo: sacándolo a la luz del día, irrumpiendo en el trájín de nuestras calles, venerándolo públicamente, la comunidad cristiana se ratifica en la seguridad de tener a Dios en medio suyo y da fe ante el mundo de la presencia de Dios en su medio. Lo cual no es poco, en estos días.

Esta es nuestra fe, la de cuantos creemos en la presencia de Cristo en el pan y el vino eucarísticos. Pero, ¿es también nuestra diaria experiencia? Lo que decimos creer, ¿es igualmente cuanto sentimos a diario? ¿Cómo es posible, entonces, que quienes confesamos la presencia real de Jesús en la Eucaristía sigamos lamentándonos de no poder o, peor aún, de no saber encontrarle en nuestra realidad cotidiana? No es casual que nuestras quejas más frecuentes por la ausencia de Dios que padecemos coincidan con nuestras ausencias, cada día más frecuentes también, de la eucaristía, de su celebración comunitaria y de su recepción personal; no es lógico que quien ha dejado de frecuentar a su Dios se queje de no sentir ya su cercanía o, lo que sería aún más injusto, se atreva a acusarle de haberle abandonado. No basta con saber que tenemos a Cristo a nuestra disposición en la Eucaristía, al alcance de nuestro corazón, si seguimos perdiendo esta ocasión para acercarlo a nuestra vida y a nuestros problemas. No basta con creer que tenemos el cuerpo de Cristo y su sangre como nuestro alimento corporal, si seguimos encontrando pequeñas excusas para no aprovechar la oportunidad de meter a Dios no ya en nuestro mundo externo sino en nuestro interior.

El olvido o el poco aprecio del Cuerpo de Cristo con el que vivamos nuestra vida a diario lo pagaremos - lo estamos pagando sin duda alguna - con el olvido y el menosprecio de nuestro Dios: quien no hace aprecio del don recibido, no puede sentirse apreciado por el Donante; dicho con otras palabras, por haber perdido previamente el respeto, la veneración por el Santísimo Sacramento, no nos estamos mereciendo respeto y las atenciones de Cristo nuestro Señor; por habernos alejado de la práctica de la comunión frecuente, Dios se ha alejado prácticamente de nosotros: ¡no podíamos pagar más caro el desinterés por el Cuerpo de Cristo con que vivimos nuestra fe! Y así, somos nosotros, los creyentes en la presencia real de Cristo en este mundo a través de su presencia en el pan y el vino, quienes más y mejor contribuimos a acrecentar la sensación de la ausencia de Dios en él: quien celebra que Cristo se haya quedado entre nosotros, a nuestra disposición, a nuestro alcance, bajo la especie de pan y de vino, - y eso es lo que celebramos los cristianos hoy -, ha de convertirse por fuerza en testigo de esa presencia especial de Dios. Quien asiste a la eucaristía, sabe que Dios permanece en el corazón del mundo, como su alimento y su esperanza.

No basta, pues, con que nosotros hoy proclamemos la conversión del pan y del vino en Cuerpo y Sangre de Cristo, y lo celebremos como un misterio que agradecer a Dios, es necesario que nos convirtamos nosotros en testimonios de esa presencia, con nuestras vidas y con nuestra palabra. El milagro que confesamos nos impone la tarea de su proclamación: nadie tiene derecho a sentirse defraudado de un Dios que quiso quedarse con nosotros convertido en pan y vino; nadie puede quejarse de un Dios que nos es tan conocido, tan familiar, tan a la mano, como lo es nuestro pan y el vino de nuestra mesa.

Saberlo tiene consecuencias: mientras haya en torno nuestro quien no encuentra a Dios, no podemos contentarnos con haberlo encontrado nosotros personalmente; nuestras eucaristías no serán auténticas hasta que no sean eucaristía, encuentro gozoso con Dios, para todo el que tiene hambre y sed de El: el pan eucarístico no será cuerpo de Cristo, mientras le falten miembros que le pertenecen, ni será alimento de vida mientras escaseen comensales a su mesa. Cuando nos acercamos a Cristo en la Eucaristía deberíamos preguntarnos no sólo si vamos bien preparados a su encuentro, sino

también si, junto a nosotros, van todos los que Cristo está esperando; sería trágico que empleáramos más tiempo en examinarnos sobre nuestras faltas, pequeñas muchas veces e inevitables casi siempre, que en culparnos porque faltan a nuestra eucaristía algunos de los nuestros; una buena preparación para recibir a Jesús sacramentado puede que se acabe cuando comprobamos que no tenemos nada grave de qué reprocharnos, pero debe empezar examinándonos si consideramos hermanos a todos los que compartirán con nosotros el cuerpo de Cristo: mientras no nos quepa en el corazón algún cristiano, no vendrá a él definitivamente Cristo.

Es significativo que Jesús, cuando quiso que cenar con sus discípulos, mandara a dos de ellos a encontrar un lugar y una familia donde celebrar la comida pascual: Cristo no se ha quedado en la eucaristía para uso y usufructo de unos pocos; quien celebra su voluntad de permanencia en el pan y en el vino, ha de dedicarse a encontrar comensales de ese pan. Participar de la Eucaristía, comulgar con Cristo, significa, pues, volver a los hombres para descubrirles que su sed y su hambre sólo Dios puede satisfacerlas; donde haya angustia, pena, necesidad, soledad o muerte, allí estará la meta de quienes vienen de recibir a Cristo Eucaristía; nadie que haya frecuentado a Cristo ha de evitar al hombre necesitado; quien ha experimentado el amor concreto de Dios, un amor hecho pan de trigo, no ha de alejarse de cuantos necesitan amor concreto, alimento de su necesidad corporal o espiritual. Nuestras ciudades, nuestras casas, serán lugares para el encuentro con Dios, si antes en nuestros corazones hemos encontrado al prójimo que nos necesita: el Dios que ha cabido en un pedazo de pan, tendrá cabida también en nuestro corazón, si nos cabe en él la necesidad de los demás. Ese es su precio y la condición que ha puesto a su venida.

Corpus Christi es, en consecuencia, el día de la caridad fraterna. No basta con agradecer a Dios el don que en la eucaristía nos ha hecho; deberíamos, más bien, preguntarnos de qué nos sirven las eucaristías en las que participamos si no consiguen ponernos al servicio de los más necesitados. No es comprensible que quien, como nosotros, se abre tan frecuentemente a Dios, se cierre con la misma frecuencia a su prójimo; llegar a tener a Cristo en la propia entraña, ha de hacernos entrañables con los cristianos; no podemos satisfacer nuestra necesidad de Dios, dejando insatisfecha la necesidad que de nosotros tienen quienes no tienen tanto, material o espiritualmente, como nosotros: quienes no creen en el amor de Cristo desvelado en la Eucaristía, sólo creerán si ven que quienes comulgamos con Cristo nos encargamos de cuantos nos necesitan. Más que de la piedad es de la práctica diaria del amor fraterno que depende que el mundo crea en el amor de Cristo.